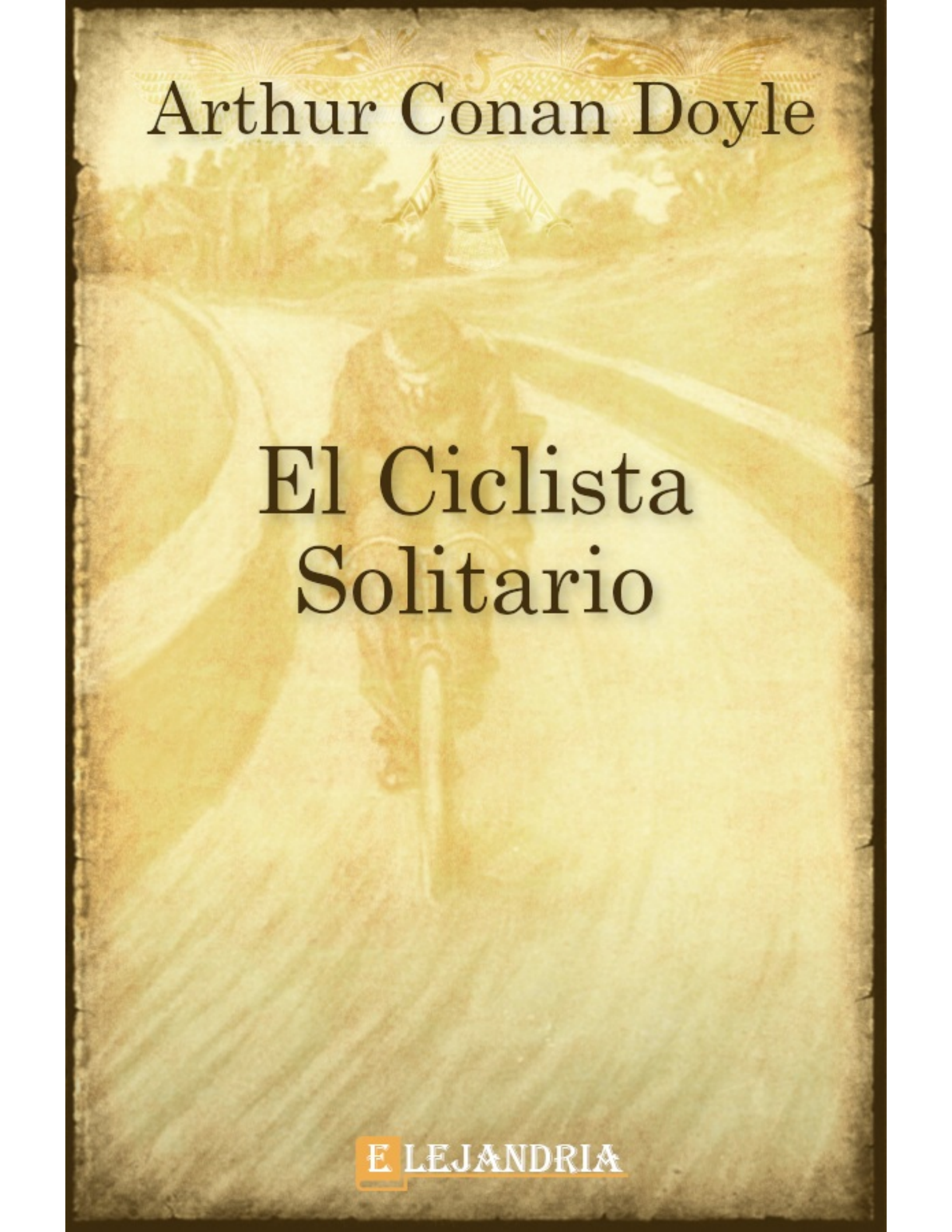




Arthur Conan Doyle

El Ciclista Solitario

E LEJANDRIA

Arthur Conan Doyle

El Ciclista
Solitario

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL CICLISTA SOLITARIO

ARTHUR CONAN DOYLE

PUBLICADO: 1903
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EL CICLISTA SOLITARIO

ARTHUR CONAN DOYLE

Desde los años 1894 hasta 1901 inclusive, el Sr. Sherlock Holmes fue un hombre muy ocupado. Se puede decir con seguridad que no hubo caso público de alguna dificultad en el que no fuera consultado durante esos ocho años, y hubo cientos de casos privados, algunos de ellos del carácter más intrincado y extraordinario, en los cuales jugó un papel prominente. Muchos éxitos sorprendentes y algunos fracasos inevitables fueron el resultado de este largo período de trabajo continuo. Como he conservado notas muy completas de todos estos casos y estuve personalmente involucrado en muchos de ellos, se puede imaginar que no es tarea fácil saber cuál de ellos debería seleccionar para presentar al público. Sin embargo, mantendré mi regla anterior y daré preferencia a aquellos casos que derivan su interés no tanto de la brutalidad del crimen como de la ingeniosidad y calidad dramática de la solución. Por esta razón, expondré ahora al lector los hechos relacionados con la Srta. Violet Smith, la solitaria ciclista de Charlington, y la curiosa secuela de nuestra investigación, que culminó en una tragedia inesperada. Es cierto que la circunstancia no admitía una ilustración llamativa de aquellos poderes por los cuales mi amigo era famoso, pero había algunos puntos sobre el caso que lo hacían destacar en esos largos registros de crimen de los cuales recojo material para estas pequeñas narrativas.

Al consultar mi cuaderno de notas del año 1895, encuentro que fue el sábado 23 de abril cuando primero oímos hablar de la Srta. Violet Smith. Su visita fue, recuerdo, extremadamente inoportuna para Holmes, pues en ese momento estaba sumergido en un problema muy abstruso y complicado concerniente a la peculiar persecución a la que John Vincent Harden, el conocido millonario del tabaco, había sido sometido. Mi amigo, que amaba por sobre todas las cosas la precisión y concentración del pensamiento, resentía cualquier cosa que distrajera su atención del asunto en cuestión. Y aún así, sin una dureza que le era ajena a su naturaleza, era imposible rechazar escuchar la historia de la joven y hermosa mujer, alta, elegante y regia, que se presentó en Baker Street tarde en la noche, e imploró su asistencia y consejo. Era en vano argumentar que su tiempo ya estaba completamente ocupado, pues la joven dama había venido con la determinación de contar su historia, y era evidente que nada menos que la fuerza la sacaría de la habitación hasta que lo hubiera hecho. Con un aire resignado y una sonrisa algo cansada, Holmes rogó a la hermosa intrusa que tomara asiento, y nos informara qué era lo que la preocupaba.

"Al menos no puede ser su salud", dijo él, mientras sus agudos ojos la recorrían; "una ciclista tan ardiente debe estar llena de energía".

Ella miró sorprendida sus propios pies, y observé el ligero desgaste del lado de la suela causado por la fricción del borde del pedal.

"Sí, hago mucho ciclismo, Sr. Holmes, y eso tiene algo que ver con mi visita a usted hoy".

Mi amigo tomó la mano enguantada de la dama y la examinó con tanta atención y tan poco sentimiento como un científico mostraría a una muestra.

"Me disculparé, estoy seguro. Es mi trabajo", dijo él, al soltarla. "Casi caigo en el error de suponer que usted era mecanógrafa. Por supuesto, es obvio que es música. ¿Observa los extremos espátula de los dedos, Watson, que es común en ambas profesiones? Hay una espiritualidad en el rostro, sin embargo"—ella gentilmente lo giró hacia la luz—"que la mecanógrafa no genera. Esta dama es música".

"Sí, Sr. Holmes, enseñó música".

"En el campo, supongo, por su tez".

"Sí, señor, cerca de Farnham, en los límites de Surrey".

"Un vecindario hermoso, y lleno de las asociaciones más interesantes. Recuerda, Watson, que fue cerca de allí donde atrapamos a Archie Stamford, el falsificador. Ahora, Srta. Violet, ¿qué le ha sucedido a usted, cerca de Farnham, en los límites de Surrey?"

La joven dama, con gran claridad y compostura, hizo la siguiente curiosa declaración:

"Mi padre ha muerto, Sr. Holmes. Él era James Smith, quien dirigía la orquesta en el antiguo Teatro Imperial. Mi madre y yo nos quedamos sin ningún pariente en el mundo excepto un tío, Ralph Smith, quien se fue a África hace veinticinco años, y desde entonces no hemos tenido ninguna noticia de él. Cuando murió mi padre, quedamos muy pobres, pero un día nos dijeron que había un anuncio en el Times preguntando por nuestro paradero. Puede imaginar lo emocionadas que estábamos, pues pensamos que alguien nos había dejado una fortuna. Fuimos de inmediato al abogado cuyo nombre aparecía en el periódico. Allí conocimos a dos caballeros, el Sr. Carruthers y el Sr. Woodley, quienes estaban de visita en su hogar desde Sudáfrica. Dijeron que mi tío era amigo de ellos, que había muerto unos meses antes en gran pobreza en Johannesburgo, y que les había pedido con su último aliento que buscaran a sus parientes y se aseguraran de que no les faltara nada. Nos pareció extraño que el tío Ralph, quien no se había preocupado por nosotras mientras estaba vivo, se preocupara tanto por nosotras cuando había muerto, pero el Sr. Carruthers explicó que la razón era que mi tío acababa de enterarse de la muerte de su hermano y por lo tanto se sentía responsable de nuestro destino."

"Discúlpeme", dijo Holmes. "¿Cuándo fue esta entrevista?"

"El pasado diciembre, hace cuatro meses."

"Por favor, continúe."

"El Sr. Woodley me pareció una persona más odiosa. Siempre me estaba mirando de manera descarada, un joven de cara hinchada, con bigote rojo y cabello aplastado a cada lado de su frente. Pensé

que era absolutamente detestable y estaba segura de que Cyril no querría que conociera a alguien así."

"¡Ah, Cyril es su nombre!" dijo Holmes, sonriendo.

La joven dama se sonrojó y rió.

"Sí, Sr. Holmes, Cyril Morton, un ingeniero eléctrico, y esperamos casarnos al final del verano. Cielos, ¿cómo he terminado hablando de él? Lo que quería decir era que el Sr. Woodley era completamente odioso, pero que el Sr. Carruthers, que era un hombre mucho mayor, era más agradable. Era un hombre oscuro, de tez pálida, afeitado, silencioso, pero tenía modales educados y una sonrisa agradable. Preguntó cómo nos habíamos quedado, y al descubrir que estábamos muy pobres, sugirió que yo viniera a enseñar música a su única hija, de diez años. Dije que no me gustaba dejar a mi madre, a lo que él sugirió que fuera a casa con ella cada fin de semana, y me ofreció cien al año, que ciertamente era un pago espléndido. Así que terminé aceptando y fui a Chiltern Grange, a unas seis millas de Farnham. El Sr. Carruthers era viudo, pero había contratado a una ama de llaves, una persona muy respetable y mayor, llamada Sra. Dixon, para cuidar de su establecimiento. La niña era un encanto y todo prometía bien. El Sr. Carruthers era muy amable y muy musical, y pasamos juntos veladas muy agradables. Cada fin de semana iba a casa con mi madre en la ciudad.

"La primera falla en mi felicidad fue la llegada del Sr. Woodley de bigote rojo. Vino de visita por una semana, ¡y oh! para mí parecieron tres meses. Era una persona terrible, un abusón con todos los demás, pero conmigo algo infinitamente peor. Me hizo odiosas declaraciones de amor, alardeó de su riqueza, dijo que si me casaba con él podría tener los diamantes más finos de Londres y finalmente, cuando no quise tener nada que ver con él, me agarró en sus brazos un día después de cenar—era horrorosamente fuerte—y juró que no me dejaría ir hasta que lo besara. El Sr. Carruthers entró y lo apartó de mí, tras lo cual se volvió contra su propio anfitrión, derribándolo y cortándole la cara. Ese fue el final de su visita, como puede imaginar. El Sr. Carruthers se disculpó conmigo al día siguiente, y me aseguró que nunca volvería a estar expuesta a tal insulto. No he vuelto a ver al Sr. Woodley desde entonces.

"Y ahora, Sr. Holmes, llego al fin a lo especial que me ha llevado a pedir su consejo hoy. Debe saber que cada sábado por la mañana monto en mi bicicleta hacia la estación de Farnham, para tomar el tren de las 12:22 a la ciudad. El camino desde Chiltern Grange es solitario, y en un punto lo es particularmente, ya que se extiende por más de una milla entre Charlington Heath a un lado y los bosques que rodean Charlington Hall al otro. No se podría encontrar un tramo de camino más solitario en ningún lugar, y es bastante raro encontrarse con algo más que un carrito o un campesino, hasta que se llega a la carretera principal cerca de Crooksbury Hill. Hace dos semanas pasaba por este lugar, cuando por casualidad miré hacia atrás sobre mi hombro, y a unos doscientos metros detrás de mí vi a un hombre, también en bicicleta. Parecía ser un hombre de mediana edad, con barba corta y oscura. Miré hacia atrás antes de llegar a Farnham, pero el hombre había desaparecido, así que no pensé más en ello. Pero pueden imaginar mi sorpresa, Sr. Holmes, cuando, en mi regreso el lunes, vi al mismo hombre en el mismo tramo de camino. Mi asombro aumentó cuando el incidente ocurrió nuevamente, exactamente igual, el siguiente sábado y lunes. Siempre mantenía su distancia y no me molestaba de ninguna manera, pero aún así era ciertamente muy extraño. Lo mencioné al Sr. Carruthers, quien pareció interesado en lo que dije, y me dijo que había ordenado un caballo y un carruaje, para que en el futuro no tuviera que pasar por estos caminos solitarios sin compañía.

"El caballo y el carruaje debían haber llegado esta semana, pero por alguna razón no fueron entregados, y nuevamente tuve que ir en bicicleta a la estación. Eso fue esta mañana. Pueden pensar que estuve atenta cuando llegué a Charlington Heath, y allí, efectivamente, estaba el hombre, exactamente como había estado las dos semanas anteriores. Siempre se mantenía tan lejos de mí que no podía ver claramente su rostro, pero era ciertamente alguien a quien no conocía. Vestía un traje oscuro con una gorra de tela. Lo único de su rostro que pude ver claramente fue su barba oscura. Hoy no estaba alarmada, pero estaba llena de curiosidad, y me propuse averiguar quién era y qué quería. Disminuí la velocidad de mi máquina, pero él también redujo la suya. Luego me detuve por completo, pero él también se detuvo. Entonces le tendí una trampa.

Hay una curva pronunciada en el camino, y pedaleé muy rápido alrededor de esta, y luego me detuve y esperé. Esperaba que diera la vuelta y me pasara antes de poder detenerse. Pero nunca apareció. Luego volví y miré alrededor de la esquina. Podía ver una milla de camino, pero él no estaba en él. Para hacerlo más extraordinario, no había ningún camino secundario en este punto por el que hubiera podido ir."

Holmes soltó una carcajada y se frotó las manos. "Este caso ciertamente presenta algunas características propias", dijo. "¿Cuánto tiempo transcurrió entre que dobló la esquina y su descubrimiento de que el camino estaba despejado?"

"Dos o tres minutos."

"Entonces no pudo haber retrocedido por el camino, y dice que no hay caminos secundarios?"

"Ninguno."

"Entonces ciertamente tomó un sendero a un lado u otro."

"No pudo haber sido del lado del páramo, o lo habría visto."

"Entonces, por el proceso de exclusión, llegamos al hecho de que se dirigió hacia Charlington Hall, que, según entiendo, está situado en sus propios terrenos a un lado del camino. ¿Algo más?"

"Nada, Sr. Holmes, excepto que estaba tan perpleja que sentí que no estaría tranquila hasta haberlo visto a usted y haber recibido su consejo."

Holmes permaneció en silencio durante un buen rato.

"¿Dónde está el caballero con quien está comprometida?" preguntó finalmente.

"Está en la Compañía Eléctrica Midland, en Coventry".

"¿No le haría una visita sorpresa?"

"¡Oh, Sr. Holmes! ¡Como si no lo reconociera!"

"¿Ha tenido otros admiradores?"

"Varios antes de conocer a Cyril".

"¿Y después?"

"Estaba ese hombre terrible, Woodley, si es que se le puede llamar un admirador".

"¿Nadie más?"

Nuestra bella cliente pareció un poco confundida.

"¿Quién era él?" preguntó Holmes.

"Oh, puede ser solo una idea mía; pero a veces me ha parecido que mi empleador, el Sr. Carruthers, se interesa mucho por mí. Estamos bastante juntos. Yo toco sus acompañamientos en las noches. Él nunca ha dicho nada. Es un caballero perfecto. Pero una chica siempre sabe".

"¡Ah!" Holmes se mostró grave. "¿A qué se dedica?"

"Es un hombre rico".

"¿No tiene carruajes ni caballos?"

"Bueno, al menos es bastante acomodado. Pero va a la ciudad dos o tres veces por semana. Está profundamente interesado en las acciones de oro de Sudáfrica".

"Me informará sobre cualquier nuevo desarrollo, Srta. Smith. Estoy muy ocupado en este momento, pero encontraré tiempo para hacer algunas averiguaciones sobre su caso. Mientras tanto, no tome ninguna decisión sin informarme. Adiós, y confío en que solo tendremos buenas noticias tuyas".

"Es parte del orden establecido de la naturaleza que una chica como ella tenga seguidores", dijo Holmes mientras fumaba su pipa meditativa, "pero preferiblemente no en bicicletas por caminos solitarios del campo. Algún amante secreto, sin duda. Pero hay detalles curiosos y sugerentes sobre el caso, Watson".

"¿Que solo aparezca en ese punto?"

"Exactamente. Nuestro primer esfuerzo debe ser averiguar quiénes son los inquilinos de Charlington Hall. Luego, otra vez, ¿qué hay de la conexión entre Carruthers y Woodley, ya que parecen ser hombres de un tipo tan diferente? ¿Cómo es que ambos estaban tan interesados en buscar a los parientes de Ralph Smith? Un punto más. ¿Qué clase de casa es la que paga el doble del precio de mercado por una institutriz, pero no tiene un caballo, aunque está a seis millas de la estación? Extraño, Watson, muy extraño".

"¿Irá usted allí?"

"No, mi querido amigo, tú irás. Esto puede ser alguna intriga insignificante, y no puedo interrumpir mi otra investigación importante por ello. El lunes llegarás temprano a Farnham; te ocultarás cerca de Charlington Heath; observarás estos hechos por ti mismo y actuarás según lo aconseje tu propio juicio. Luego, habiendo averiguado quiénes son los ocupantes del Hall, volverás a

mí e informarás. Y ahora, Watson, ni una palabra más sobre el asunto hasta que tengamos unos cuantos pilares sólidos sobre los cuales podamos esperar cruzar hacia nuestra solución".

Habíamos averiguado de la dama que ella bajaba el lunes en el tren que sale de Waterloo a las 9:50, así que salí temprano y tomé el de las 9:13. En la estación de Farnham no tuve dificultad en ser dirigido a Charlington Heath. Era imposible confundir la escena de la aventura de la joven dama, ya que el camino transcurre entre el páramo abierto por un lado y un viejo seto de tejos por el otro, rodeando un parque salpicado de magníficos árboles. Había una puerta principal de piedra cubierta de líquenes, cada pilar lateral coronado por emblemas heráldicos en descomposición, pero además de este camino central para carruajes observé varios puntos donde había huecos en el seto y senderos que los atravesaban. La casa era invisible desde el camino, pero todo el entorno hablaba de penumbra y decadencia.

El páramo estaba cubierto de doradas manchas de retama en flor, brillando magníficamente bajo la luz del brillante sol primaveral. Detrás de uno de estos matorrales tomé mi posición, de manera que pudiera controlar tanto la entrada del Hall como un largo tramo del camino a ambos lados. Estaba desierta cuando la dejé, pero ahora vi a un ciclista que venía por ella en dirección opuesta a la que yo había venido. Vestía un traje oscuro, y vi que tenía barba negra. Al llegar al final de los terrenos de Charlington, saltó de su máquina y la llevó a través de un hueco en el seto, desapareciendo de mi vista.

Un cuarto de hora después, apareció un segundo ciclista. Esta vez era la joven dama que venía de la estación. La vi mirar a su alrededor cuando llegó al seto de Charlington. Un instante después, el hombre salió de su escondite, saltó a su ciclo y la siguió. En todo el amplio paisaje, eran las únicas figuras en movimiento, la elegante chica sentada muy recta en su máquina y el hombre detrás de ella, inclinándose bajo sobre su manillar con una sugerencia furtiva en cada movimiento. Ella miró hacia atrás y redujo su velocidad. Él también redujo la velocidad. Ella se detuvo. Él también se detuvo inmediatamente, manteniendo una distancia de doscientos yardas detrás de ella. Su siguiente movimiento fue tan inesperado como enérgico. De repente giró sus ruedas y se lanzó directamente hacia

él. Él fue tan rápido como ella, sin embargo, y se lanzó en una huida desesperada. Poco después, ella volvió por el camino, con la cabeza altiva en el aire, sin dignarse a prestar más atención a su silencioso acompañante. Él también había girado y seguía manteniendo su distancia hasta que la curva del camino los ocultó de mi vista.

Permanecí en mi escondite, y fue bueno que lo hiciera, porque poco después el hombre reapareció, volviendo lentamente en bicicleta. Giró en las puertas del Hall y se bajó de su máquina. Durante algunos minutos pude verlo parado entre los árboles. Tenía las manos levantadas y parecía estar acomodando su corbata. Luego montó en su ciclo y se alejó de mí por el camino hacia el hall. Crucé el páramo y miré a través de los árboles. Lejos podía ver destellos del viejo edificio gris con sus chimeneas Tudor erizadas, pero el camino pasaba por un denso matorral, y no vi más a mi hombre.

Sin embargo, me pareció que había hecho un buen trabajo esa mañana, y volví con ánimos elevados a Farnham. El agente inmobiliario local no pudo decirme nada sobre Charlington Hall y me remitió a una conocida firma en Pall Mall. Allí hice una parada en mi camino a casa y fui recibido cortésmente por el representante. No, no podía tener Charlington Hall para el verano. Llegaba justo demasiado tarde. Había sido alquilado hacía aproximadamente un mes. El Sr. Williamson era el nombre del inquilino. Era un caballero respetable, de edad avanzada. El amable agente lamentó no poder decir más, ya que los asuntos de sus clientes no eran temas que pudiera discutir.

El Sr. Sherlock Holmes escuchó con atención el extenso informe que pude presentarle esa tarde, pero no obtuve esa palabra de elogio conciso que había esperado y que habría valorado. Al contrario, su austero rostro estaba incluso más severo de lo habitual mientras comentaba sobre las cosas que había hecho y las que no.

"Tu escondite, mi querido Watson, era muy defectuoso. Deberías haber estado detrás del seto, entonces habrías tenido una vista cercana de esta interesante persona. Tal como está, estabas a varios cientos de yardas de distancia y puedes decirme incluso menos que la Srta. Smith. Ella piensa que no conoce al hombre;

estoy convencido de que sí lo hace. ¿Por qué, de lo contrario, estaría él tan desesperadamente ansioso porque ella no se acercara tanto como para ver sus rasgos? Lo describes inclinándose sobre el manillar. De nuevo, ocultamiento, ya ves. Realmente lo has hecho notablemente mal. Él regresa a la casa, y tú quieres averiguar quién es. ¡Vas a una agencia inmobiliaria de Londres!"

"¿Qué debería haber hecho?" exclamé con cierto calor.

"Ir al pub más cercano. Ese es el centro del cotilleo del campo. Te habrían dicho cada nombre, desde el amo hasta la criada de la cocina. ¿Williamson? No me sugiere nada a la mente. Si es un hombre mayor, no es este ciclista activo, que huye a toda velocidad de la persecución atlética de esa joven dama. ¿Qué hemos ganado con tu expedición? El conocimiento de que la historia de la chica es cierta. Nunca lo dudé. Que hay una conexión entre el ciclista y el Hall. Tampoco dudé de eso. Que el Hall está alquilado por Williamson. ¿Quién sale ganando con eso? Bueno, bueno, mi querido señor, no te veas tan deprimido. Podemos hacer poco más hasta el próximo sábado, y mientras tanto, yo mismo podré hacer una o dos averiguaciones".

La mañana siguiente, recibimos una nota de la Srta. Smith, relatando brevemente y con precisión los mismos incidentes que yo había visto, pero la esencia de la carta residía en el postdata:

"Estoy segura de que respetaré mi confidencialidad, Sr. Holmes, cuando le digo que mi situación aquí se ha vuelto difícil, debido al hecho de que mi empleador me ha propuesto matrimonio. Estoy convencida de que sus sentimientos son muy profundos y muy honorables. Al mismo tiempo, mi promesa, por supuesto, está dada. Tomó mi negativa muy seriamente, pero también muy gentilmente. Puede entender, sin embargo, que la situación es un poco tensa."

"Nuestra joven amiga parece estar metiéndose en aguas profundas", dijo Holmes pensativamente, al terminar la carta. "El caso ciertamente presenta más características de interés y más posibilidades de desarrollo de lo que había pensado originalmente. No estaría de más tener un día tranquilo y pacífico en el campo, y estoy inclinado a ir esta tarde y probar una o dos teorías que he formulado."

El tranquilo día de Holmes en el campo tuvo un final singular, ya que llegó a Baker Street a última hora de la tarde, con un labio cortado y un bulto decolorado en la frente, además de un aire general de disipación que habría hecho de su propia persona el objeto apropiado de una investigación de Scotland Yard. Estaba inmensamente divertido por sus propias aventuras y rió a carcajadas mientras las relataba.

"Obtengo tan poco ejercicio activo que siempre es un placer", dijo. "Usted sabe que tengo cierta habilidad en el buen y antiguo deporte británico del boxeo. Ocasionalmente, es útil; hoy, por ejemplo, habría tenido un fracaso muy ignominioso sin él."

Le rogué que me contara lo que había ocurrido:

"Encontré ese pub del campo que ya había recomendado a su atención, y allí hice mis discretas averiguaciones. Estaba en el bar, y un locuaz propietario me estaba dando todo lo que necesitaba. Williamson es un hombre de barba blanca, y vive solo con un pequeño personal de sirvientes en el Hall. Hay algún rumor de que es o ha sido clérigo, pero uno o dos incidentes de su corta residencia en el Hall me parecieron peculiarmente poco eclesiásticos. Ya he hecho algunas averiguaciones en una agencia clerical, y me dicen que había un hombre de ese nombre en órdenes, cuya carrera ha sido singularmente oscura. El propietario además me informó que suelen haber visitantes de fin de semana—'un grupo animado, señor'—en el Hall, y especialmente un caballero con bigote rojo, el Sr. Woodley, que siempre está allí. Habíamos llegado hasta este punto, cuando ¿quién sino el propio caballero entra, quien había estado bebiendo su cerveza en la sala de grifos y había escuchado toda la conversación. ¿Quién era yo? ¿Qué quería? ¿Qué significaba hacer preguntas? Tenía un gran flujo de lenguaje, y sus adjetivos eran muy enérgicos. Terminó una serie de insultos con un golpe por la espalda, que no pude evitar por completo. Los siguientes minutos fueron deliciosos. Fue un golpe directo izquierdo contra un rufián contundente. Emergí como me ve. El Sr. Woodley se fue a casa en un carro. Así terminó mi excursión al campo, y se debe confesar que, aunque agradable, mi día en la frontera de Surrey no ha sido mucho más provechoso que el suyo propio."

El jueves nos trajo otra carta de nuestra cliente.

"No se sorprenderá, Sr. Holmes", dijo ella, "al saber que estoy dejando el empleo del Sr. Carruthers. Incluso el alto salario no puede reconciliarme con las incomodidades de mi situación. El sábado subo a la ciudad, y no tengo intención de regresar. El Sr. Carruthers ha conseguido una trampa, así que los peligros del camino solitario, si es que alguna vez hubo peligros, ahora han terminado.

"En cuanto a la causa especial de mi partida, no es solo la tensa situación con el Sr. Carruthers, sino la reaparición de ese odioso hombre, el Sr. Woodley. Siempre fue horroroso, pero ahora se ve más terrible que nunca, ya que parece haber tenido un accidente y está muy desfigurado. Lo vi desde la ventana, pero me alegra decir que no me encontré con él. Tuvo una larga charla con el Sr. Carruthers, quien parecía muy excitado después. Woodley debe estar alojado en la vecindad, pues no durmió aquí, y sin embargo, esta mañana lo vi de nuevo, merodeando en el arbusto. Preferiría tener un animal salvaje suelto por el lugar. Lo detesto y temo más de lo que puedo decir. ¿Cómo puede el Sr. Carruthers soportar a tal criatura por un momento? Sin embargo, todos mis problemas terminarán el sábado."

"Así lo espero, Watson, así lo espero", dijo Holmes, gravemente. "Hay alguna intriga profunda en torno a esa pequeña mujer, y es nuestro deber asegurarnos de que nadie la moleste en ese último viaje. Creo, Watson, que debemos tomarnos el tiempo para bajar juntos el sábado por la mañana y asegurarnos de que esta curiosa e inclusiva investigación no tenga un final desafortunado."

Confieso que hasta ahora no había tomado un punto de vista muy serio del caso, que me había parecido más grotesco y bizarro que peligroso. Que un hombre aceche y siga a una mujer muy hermosa no es algo inaudito, y si tiene tan poca audacia que no solo no se atrevió a dirigirse a ella, sino que incluso huyó de su acercamiento, no era un agresor muy formidable. El rufián Woodley era una persona muy diferente, pero, excepto en una ocasión, no había molestado a nuestra cliente, y ahora visitaba la casa de Carruthers sin invadir su presencia. El hombre en la bicicleta sin duda era un miembro de esas fiestas de fin de semana en el Hall de las que

habló el publicano, pero quién era él o qué quería seguía siendo tan oscuro como siempre. Fue la severidad del modo de Holmes y el hecho de que se metiera un revólver en el bolsillo antes de salir de nuestras habitaciones lo que me impresionó con la sensación de que la tragedia podría acechar detrás de esta curiosa serie de eventos.

Una noche lluviosa había sido seguida por una gloriosa mañana, y el campo cubierto de brezo, con los brillantes montones de retama en flor, parecía aún más hermoso para los ojos cansados de los grises y pardos de Londres. Holmes y yo caminamos por el ancho camino arenoso, inhalando el aire fresco de la mañana y disfrutando de la música de los pájaros y el fresco aliento de la primavera. Desde una subida del camino en el hombro de Crooksbury Hill, pudimos ver el sombrío Hall asomándose desde en medio de los antiguos robles, que, aunque viejos, eran aún más jóvenes que el edificio que rodeaban. Holmes señaló el largo tramo de camino que se serpentaba, una banda amarilla rojiza, entre el marrón del brezo y el verde brotante de los bosques. Lejos, un punto negro, pudimos ver un vehículo moviéndose en nuestra dirección. Holmes soltó una exclamación de impaciencia.

"He dado un margen de media hora", dijo. "Si esa es su trampa, debe estar yendo al tren más temprano. Me temo, Watson, que habrá pasado Charlington antes de que podamos encontrarla."

Desde el instante en que pasamos la subida, ya no pudimos ver el vehículo, pero nos apresuramos a tal ritmo que mi vida sedentaria comenzó a afectarme, y me vi obligado a quedarme atrás. Holmes, sin embargo, siempre estaba en forma, ya que tenía inagotables reservas de energía nerviosa de las cuales extraer. Su paso elástico nunca se desaceleró hasta que de repente, cuando estaba a cien yardas frente a mí, se detuvo y vi que levantaba la mano con un gesto de dolor y desesperación. Al mismo instante, un carro de perros vacío, con el caballo al galope y las riendas arrastrándose, apareció alrededor de la curva del camino y se acercó rápidamente hacia nosotros.

"¡Demasiado tarde, Watson, demasiado tarde!" gritó Holmes, mientras yo corría jadeando a su lado. "¡Necio de mí por no haber considerado el tren más temprano! ¡Es un secuestro, Watson,

secuestro! ¡Asesinato! ¡Dios sabe qué! ¡Bloquea el camino! ¡Detén al caballo! Así es. Ahora, salta adentro, y veamos si puedo reparar las consecuencias de mi propio error."

Habíamos saltado al carro de perros, y Holmes, después de girar al caballo, le dio un fuerte latigazo con el látigo, y volamos de regreso por el camino. Al girar en la curva, se abrió ante nosotros todo el tramo de carretera entre el Hall y el brezo. Agarré el brazo de Holmes. "¡Ese es el hombre!" jadeé.

Un ciclista solitario venía hacia nosotros. Tenía la cabeza baja y los hombros redondeados, mientras ponía cada onza de energía que poseía en los pedales. Volaba como un corredor. De repente levantó su rostro barbudo, nos vio cerca de él y se detuvo, saltando de su máquina. Esa barba negra como el carbón contrastaba singularmente con la palidez de su rostro, y sus ojos brillaban como si tuviera fiebre. Nos miró fijamente a nosotros y al carro de perros. Luego una mirada de asombro apareció en su rostro.

"¡Eh! ¡Deténganse ahí!" gritó, sosteniendo su bicicleta para bloquear nuestro camino. "¿De dónde sacaron ese carro de perros? ¡Alto, hombre!" gritó, sacando una pistola de su bolsillo lateral. "¡Alto, digo, o, por George, le dispararé a su caballo!"

Holmes lanzó las riendas a mi regazo y saltó del carro.

"Usted es el hombre que queremos ver. ¿Dónde está la Srta. Violet Smith?" dijo, en su manera rápida y clara.

"Eso es lo que le estoy preguntando a usted. Usted está en su carro de perros. Usted debería saber dónde está ella."

"Nos encontramos con el carro de perros en el camino. No había nadie en él. Volvimos para ayudar a la joven dama."

"¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué haré?" gritó el desconocido, en un éxtasis de desesperación. "Ellos la tienen, ese demonio Woodley y el canalla del pastor. Ven, hombre, ven, si realmente eres su amigo. Apóyame y la salvaremos, aunque tenga que dejar mi cadáver en el bosque de Charlington."

Corrió distraído, con su pistola en la mano, hacia un hueco en el seto. Holmes lo siguió, y yo, dejando al caballo pastando junto al camino, seguí a Holmes.

"Por aquí fue por donde pasaron", dijo él, señalando las marcas de varios pies en el camino embarrado. "¡Eh! ¡Espera un minuto!

¿Quién está en el arbusto?"

Era un joven de unos diecisiete años, vestido como un mozo de cuadra, con correas de cuero y polainas. Yacía sobre su espalda, con las rodillas levantadas, una terrible herida en la cabeza. Estaba inconsciente, pero vivo. Un vistazo a su herida me dijo que no había penetrado el hueso.

"Ese es Peter, el mozo", gritó el desconocido. "Él la llevó. Las bestias lo han derribado y golpeado. Déjalo ahí; no podemos hacerle ningún bien, pero tal vez podamos salvarla del peor destino que le puede ocurrir a una mujer."

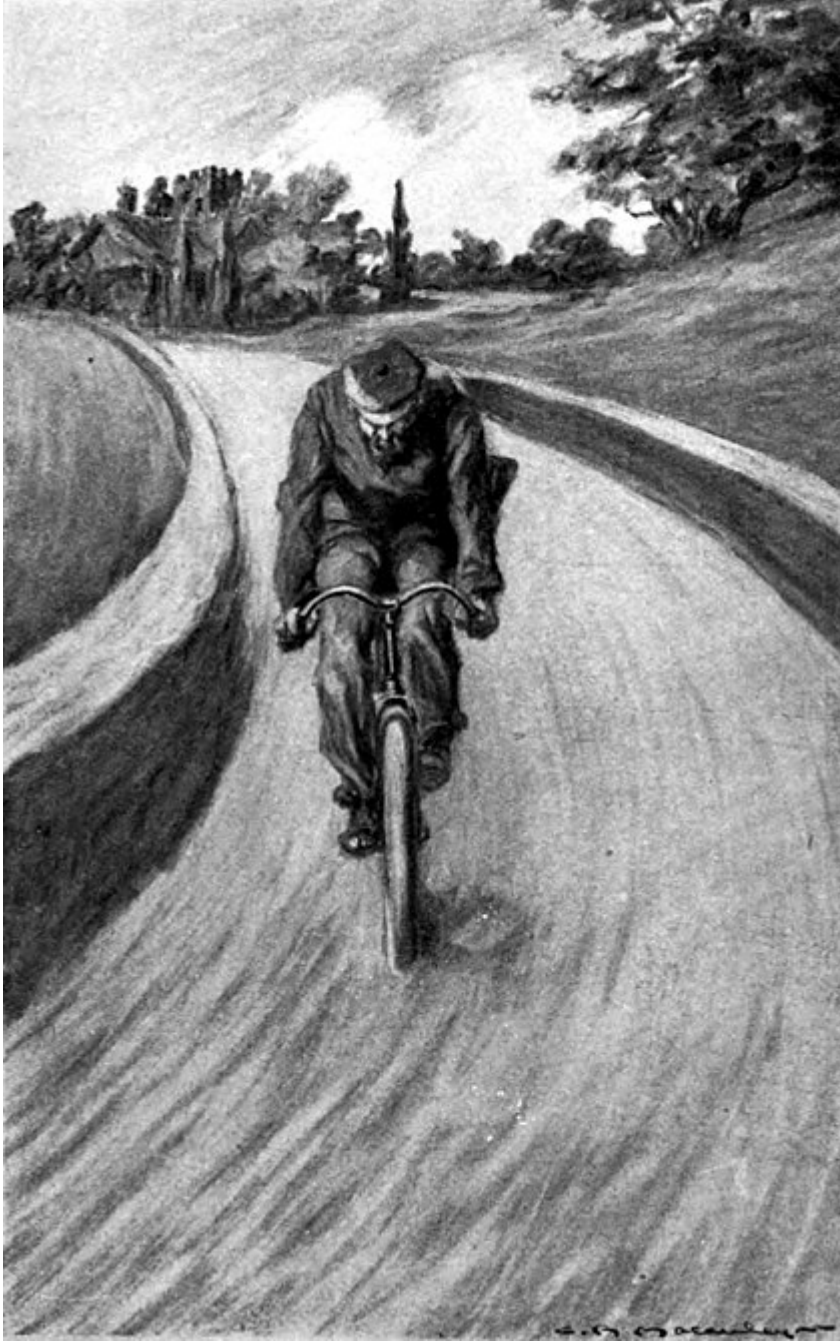
Corrimos frenéticamente por el sendero, que se enredaba entre los árboles. Habíamos llegado al arbusto que rodeaba la casa cuando Holmes se detuvo.

"No fueron a la casa. Aquí están sus huellas a la izquierda, junto a los arbustos de laurel. ¡Ah! Lo dije."

Mientras hablaba, un grito agudo de mujer, un grito que vibraba con una locura de horror, estalló desde el espeso grupo de arbustos verdes frente a nosotros. Terminó de repente en su nota más alta con un ahogo y un gorgoteo.

"¡Por aquí! ¡Por aquí! Están en la bolera", gritó el desconocido, abriéndose paso a través de los arbustos. "¡Ah, los perros cobardes! ¡Sígueme, caballeros! ¡Demasiado tarde! ¡demasiado tarde! ¡por el vivo Jingo!"

De repente entramos en un hermoso claro de césped verde rodeado de árboles antiguos. Al otro lado, bajo la sombra de un poderoso roble, había un singular grupo de tres personas. Una era una mujer, nuestra cliente, desfallecida y débil, con un pañuelo alrededor de la boca. Frente a ella estaba un hombre joven brutal, de rostro pesado y bigote rojo, con las piernas enfundadas en polainas y separadas ampliamente, un brazo en jarras, el otro agitando un látigo de montar, toda su actitud sugestiva de un bravucón triunfante. Entre ellos, un hombre mayor, de barba gris, vestido con una corta sotana sobre un traje de tweed claro, evidentemente acababa de completar el servicio de boda, pues guardó su libro de oraciones en el bolsillo al aparecer nosotros, y golpeó al siniestro novio en la espalda en una felicitación jovial.



"¡Están casados!" jadeé.

"¡Vamos!" gritó nuestro guía; "¡vamos!" Él corrió a través del claro, Holmes y yo tras él. Al acercarnos, la dama se tambaleó contra el tronco del árbol en busca de apoyo. Williamson, el ex clérigo, nos hizo una reverencia con cortesía burlona, y el matón, Woodley, avanzó con un grito de risa brutal y triunfante.

"Puedes quitarte la barba, Bob", dijo él. "Te conozco bien. Bueno, tú y tus amigos acaban de llegar a tiempo para que pueda presentarles a la Sra. Woodley."

La respuesta de nuestro guía fue singular. Arrancó la barba oscura que lo había disfrazado y la tiró al suelo, revelando un rostro largo, amarillento y afeitado debajo de ella. Luego levantó su revólver y apuntó al joven rufián, que se acercaba a él con su peligroso látigo de montar balanceándose en su mano.

"Sí", dijo nuestro aliado, "soy Bob Carruthers, y aseguraré que esta mujer reciba justicia, aunque tenga que pagar con mi vida. Te dije lo que haría si la molestabas, y, ¡por Dios! seré fiel a mi palabra."

"Ya es demasiado tarde. Ella es mi esposa."

"No, ella es tu viuda."

Su revólver tronó, y vi brotar sangre del chaleco de Woodley. Giró con un grito y cayó de espaldas, su horrible rostro rojo volviéndose de repente a un pálido moteado espantoso. El anciano, todavía vestido con su sotana, soltó una serie de juramentos tan horribles como nunca había escuchado, y sacó un revólver propio, pero, antes de que pudiera levantarlo, estaba mirando por el cañón del arma de Holmes.

"¡Basta de esto!", dijo mi amigo, fríamente. "¡Suelte ese revólver! Watson, recógelo. Apúntale a la cabeza. Gracias. Usted, Carruthers, entréguele ese revólver. No habrá más violencia. ¡Venga, entréguelo!"

"¿Y usted quién es?"

"Mi nombre es Sherlock Holmes."

"¡Dios mío!"

"Ya veo que ha oído hablar de mí. Representaré a la policía oficial hasta su llegada. ¡Eh, tú!" gritó a un asustado mozo de cuadra que había aparecido en el borde del claro. "Ven aquí. Lleva esta nota, tan rápido como puedas montar, a Farnham". Garabateó unas palabras en una hoja de su libreta. "Entrégasela al superintendente en la estación de policía. Hasta que llegue, debo detenerlos a todos bajo mi custodia personal".

La fuerte y dominante personalidad de Holmes se impuso en la escena trágica, y todos eran igualmente marionetas en sus manos.

Williamson y Carruthers se encontraron llevando al herido Woodley a la casa, y yo ofrecí mi brazo a la asustada chica. El hombre herido fue acostado en su cama, y a petición de Holmes lo examiné. Llevé mi informe a donde él estaba sentado en el antiguo comedor tapizado con tapices, con sus dos prisioneros ante él.

"Vivirá", dije.

"¡Qué!" gritó Carruthers, levantándose de su silla. "Subiré y lo terminaré primero. ¿Me dice que esa chica, ese ángel, va a estar atada a Roaring Jack Woodley de por vida?"

"No necesita preocuparse por eso", dijo Holmes.

"Hay dos muy buenas razones por las cuales ella no debería, bajo ninguna circunstancia, ser su esposa. En primer lugar, estamos muy seguros al cuestionar el derecho del Sr. Williamson a solemnizar un matrimonio".

"He sido ordenado", gritó el viejo granuja.

"Y también despojado de sus funciones".

"Una vez clérigo, siempre clérigo".

"Creo que no. ¿Qué pasa con la licencia?"

"Teníamos una licencia para el matrimonio. La tengo aquí en mi bolsillo".

"Entonces la obtuvo por un truco. Pero, en cualquier caso, un matrimonio forzado no es un matrimonio, sino un delito muy grave, como descubrirá antes de terminar. Tendrá tiempo para reflexionar sobre el punto durante los próximos diez años o más, a menos que me equivoque. En cuanto a usted, Carruthers, habría hecho mejor en mantener su pistola en el bolsillo".

"Empiezo a pensar lo mismo, Sr. Holmes, pero cuando pensé en todas las precauciones que había tomado para proteger a esta chica, porque la amaba, Sr. Holmes, y es la única vez que supe lo que era el amor, me volvía loco pensar que estaba en poder del mayor bruto y matón de Sudáfrica, un hombre cuyo nombre es un terror sagrado desde Kimberley hasta Johannesburgo. Verá, Sr. Holmes, apenas lo creerá, pero desde que esa chica estuvo en mi empleo nunca la dejé pasar por esta casa, donde sabía que se escondían esos granujas, sin seguirla en mi bicicleta, solo para asegurarme de que no le pasara nada. Mantuve mi distancia de ella y llevaba barba para que no me reconociera, porque ella es una

chica buena y de espíritu elevado, y no se habría quedado mucho tiempo en mi empleo si hubiera pensado que la seguía por los caminos del campo."

"¿Por qué no le dijo del peligro en que estaba?"

"Porque, entonces, de nuevo, ella me habría dejado, y no podía soportar enfrentar eso. Incluso si no podía amarme, era mucho para mí solo ver su delicada figura por la casa y escuchar el sonido de su voz."

"Bueno", dije, "usted llama a eso amor, Sr. Carruthers, pero yo lo llamaría egoísmo."

"Quizás las dos cosas van juntas. De todos modos, no podía dejarla ir. Además, con esta gente alrededor, era bueno que tuviera a alguien cerca para cuidar de ella. Luego, cuando llegó el cable, supe que estaban obligados a hacer un movimiento."

"¿Qué cable?"

Carruthers sacó un telegrama de su bolsillo.

"Eso es", dijo.

Era corto y conciso:

"El anciano ha muerto."

"¡Hum!" dijo Holmes. "Creo que veo cómo funcionaron las cosas, y puedo entender cómo este mensaje, como usted dice, los llevaría a un punto crítico. Pero mientras espera, podría contarme lo que pueda."

El viejo granuja con la sotana soltó una ráfaga de malas palabras.

"¡Por el cielo!" dijo, "si nos delatas, Bob Carruthers, te trataré como trataste a Jack Woodley. Puedes hablar de la chica todo lo que quieras, porque eso es asunto tuyo, pero si nos traicionas a tus amigos a este policía de paisano, será el peor trabajo que hayas hecho jamás."

"Su reverencia no necesita estar excitada", dijo Holmes, encendiendo un cigarrillo. "El caso está bastante claro en su contra, y todo lo que pido son algunos detalles por curiosidad privada. Sin embargo, si hay alguna dificultad en contármelo, yo haré las preguntas, y entonces verá hasta qué punto tiene posibilidades de guardar sus secretos. En primer lugar, tres de ustedes vinieron de Sudáfrica a este juego: usted, Williamson, usted, Carruthers, y Woodley".

"Mentira número uno", dijo el anciano; "Nunca vi a ninguno de ellos hasta hace dos meses, y nunca he estado en África en mi vida, así que puedes meter eso en tu pipa y fumarlo, ¡Sr. Entrometido Holmes!"

"Lo que él dice es cierto", dijo Carruthers.

"Bueno, bueno, dos de ustedes vinieron. Su reverencia es un artículo hecho en casa. Ustedes conocían a Ralph Smith en Sudáfrica. Tenían razones para creer que no viviría mucho tiempo. Descubrieron que su sobrina heredaría su fortuna. ¿Qué tal eso, eh?"

Carruthers asintió y Williamson juró.

"Ella era la pariente más cercana, sin duda, y ustedes sabían que el viejo no haría testamento."

"No sabía leer ni escribir", dijo Carruthers.

"Entonces vinieron los dos, y buscaron a la chica. La idea era que uno de ustedes se casara con ella y el otro tuviera una parte del botín. Por alguna razón, Woodley fue elegido como el esposo. ¿Por qué fue eso?"

"Jugamos a las cartas por ella en el viaje. Él ganó."

"Ya veo. Usted consiguió que la joven dama entrara a su servicio, y allí Woodley haría la corte. Ella reconoció al bruto borracho que era y no quería tener nada que ver con él. Mientras tanto, su arreglo se vio algo alterado por el hecho de que usted mismo se había enamorado de la dama. Ya no podía soportar la idea de que este rufián la poseyera."

"¡No, por George, no podía!"

Hubo una pelea entre ustedes. Él se fue enojado y comenzó a hacer sus propios planes independientemente de usted.

"Me parece, Williamson, que no hay mucho que podamos decirle a este caballero", gritó Carruthers, con una risa amarga. "Sí, discutimos, y él me golpeó. En eso, al menos, estamos a mano. Luego lo perdí de vista. Fue entonces cuando se juntó con este cura desechado. Descubrí que habían establecido una casa juntos en este lugar en la línea que ella tenía que pasar para ir a la estación. La vigilé después de eso, porque sabía que había alguna maldad en el aire. Los vi de vez en cuando, ya que estaba ansioso por saber qué tramaban. Hace dos días, Woodley vino a mi casa con este

cable, que mostraba que Ralph Smith había muerto. Me preguntó si cumpliría con el trato. Dije que no. Me preguntó si yo me casaría con la chica y le daría una parte. Dije que lo haría de buena gana, pero que ella no me aceptaría. Él dijo: 'Casémosla primero, y después de una semana o dos, puede que vea las cosas de manera diferente'. Dije que no tendría nada que ver con la violencia. Así que se fue maldiciendo, como el canalla malhablado que era, y jurando que aún la tendría. Ella me iba a dejar este fin de semana, y había conseguido una trampa para llevarla a la estación, pero estaba tan inquieto en mi mente que la seguí en mi bicicleta. Sin embargo, ella había tomado la delantera, y antes de que pudiera alcanzarla, el daño ya estaba hecho. Lo primero que supe al respecto fue cuando vi a ustedes dos caballeros conduciendo de regreso en su carro."

Holmes se levantó y lanzó el extremo de su cigarrillo a la chimenea. "He sido muy obtuso, Watson", dijo. "Cuando en tu informe dijiste que habías visto al ciclista, como pensabas, arreglar su corbata en el arbusto, eso solo debería haberme dicho todo. Sin embargo, podemos felicitarnos por un caso curioso y, en algunos aspectos, único. Veo a tres de la policía del condado en el camino de entrada, y me alegra ver que el pequeño mozo puede mantener el ritmo con ellos, por lo que es probable que ni él ni el interesante novio sufran daños permanentes por las aventuras de esta mañana. Creo, Watson, que en tu capacidad médica, podrías visitar a la Srta. Smith y decirle que si está suficientemente recuperada, estaremos encantados de escoltarla a la casa de su madre. Si no está completamente convaleciente, encontrarás que una insinuación de que estábamos a punto de telegrafiar a un joven electricista en Midlands probablemente completará la cura. En cuanto a ti, Sr. Carruthers, creo que has hecho lo que has podido para enmendar tu parte en un complot maligno. Aquí tiene mi tarjeta, señor, y si mi testimonio puede ser de ayuda en su juicio, estará a su disposición."

En el torbellino de nuestra incesante actividad, a menudo ha sido difícil para mí, como el lector probablemente haya observado, redondear mis narraciones y dar esos detalles finales que los curiosos podrían esperar. Cada caso ha sido el preludio de otro, y una vez superada la crisis, los actores han pasado para siempre de nuestras vidas ocupadas. Sin embargo, encuentro una breve nota al

final de mi manuscrito que trata este caso, en la que he registrado que la Srta. Violet Smith heredó de hecho una gran fortuna y que ahora es la esposa de Cyril Morton, el socio principal de Morton & Kennedy, los famosos electricistas de Westminster. Williamson y Woodley fueron juzgados por secuestro y agresión, el primero recibiendo siete años y el último diez. Del destino de Carruthers no tengo registro, pero estoy seguro de que su agresión no fue vista muy gravemente por el tribunal, ya que Woodley tenía la reputación de ser un rufián muy peligroso, y creo que unos pocos meses fueron suficientes para satisfacer las demandas de la justicia.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA
WEB**

1. [El ciclista solitario - Arthur Conan Doyle](#)
2. [El ciclista solitario - Arthur Conan Doyle](#)